

UN CONCURSO NACIONAL DE DRAMATURGIA

Julio Retamal Favereau

En el mes de Mayo de 1981, la Escuela de Teatro de nuestra Universidad decidió concretar un antiguo anhelo y abrir un Concurso de Dramaturgia dirigido a todos los autores chilenos o extranjeros que residiesen en el país desde hacía más de 5 años. La Vicerrectoría de Comunicaciones acogió la iniciativa y la impulsó.

La idea motora de este concurso era la de desarrollar una dramaturgia chilena que expresase "los problemas del país, su idiosincracia y su lenguaje", según expresaba la convocatoria. Efectivamente, todo país, para alcanzar la madurez intelectual y cultural debe desenvolver expresiones propias en todos los campos del arte. Chile ha sido hasta ahora privilegiado en el plano de la poesía, habiendo producido expositores de la calidad de Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro o Nicanor Parra. En materia de literatura, si bien no ha alcanzado el mismo nivel de excelencia y de reputación internacional, Chile exhibe una galería de escritores de talento que parece ir creciendo en los últimos tiempos.

No quiere esto decir que estemos desprovistos de dramaturgos. Por el contrario, desde el siglo pasado hemos producido cultores de este arte que han visto sus obras montadas por generaciones de directores y actores. Desde Daniel Barros Grez, hasta Egon Wolff o Jorge Díaz, pasando por Antonio Acevedo Hernández, Armando Mook o Luis Alberto Heiremans, el teatro chileno ha ocupado una posición de vanguardia en nuestro continente. Comparando la producción teatral nuestra con la de los demás países americanos, no

es una exageración decir que figuramos en primera fila, con las debidas excepciones de Norte América y posiblemente Argentina o Brasil.

La razón anterior fue la que motivó a la Escuela de Teatro a llamar al Concurso: "Eugenio Dittborn", ya que este fallecido Director de nuestra Universidad fue gran propulsor de la dramaturgia nacional, llegando incluso, en la década de 1950-60, a determinar que el entonces Teatro de Ensayo sólo presentaría obras chilenas. Lo cual, dicho sea de paso, se realizó según lo programado, con gran éxito.

Una vez lanzadas las bases del concurso, se procedió a designar al Jurado, el cual quedó integrado por un dramaturgo, un director dramático, un actor, la Directora de la Escuela de Teatro y varios otros docentes de distintas facultades, pero que tenían relación con las artes dramáticas, en forma más o menos directa. Es así como hubo arquitectos, literatos e historiadores en el Jurado, completando la dotación de gente de teatro. Los nombres son: Paz Yrarrázaval, Egon Wolff, Héctor Noguera, Ramón Núñez, Roque Esteban Scarpa, Edgar Pfennings, Hernán Riesco, Ricardo Astaburuaga y el autor de estas líneas. Actuó de Presidente Hernán Riesco, por ser Vicerrector de Comunicaciones de la Universidad en el momento de la convocatoria.

Con gran curiosidad aguardó el Jurado la llegada de las obras. Era difícil determinar a priori cuántas y de qué calidad serían presentadas, dado que este tipo de concurso no es habitual y que en la misma Escuela de Teatro de nuestra Universidad se había realizado sólo una competencia similar, nueve años antes. Hay que de

cir que no fuimos defraudados en nuestras expectativas, ya que, al cumplirse el plazo de entrega, no menos de 45 obras aparecieron con cursando. Esto indica, con gran claridad, que la actividad de creación dramática no se ha interrumpido nunca en Chile. Más aún, comparando el número de obras con las presentadas al concurso de 1972, resultaba que en 1981 había un poco más del doble que nueve años antes.

Desgraciadamente, la calidad del material presentado era muy dispareja y abundaron piezas que no alcanzaban un nivel de Concurso Nacional. El estricto anonimato que cubría a los autores nos impedía reconocerlos de modo que podíamos actuar con el máximo grado de imparcialidad y objetividad posible. Pero antes de entrar al análisis del conjunto, conviene señalar cómo se procedió.

A insinuación de los miembros de la Escuela de Teatro, se decidió que cinco miembros del Jurado leyeran en primera instancia las obras, dividiéndoselas entre ellos. De esta primera lectura quedaron excluidos aquellos jurados cuyas actividades no decían relación directa con las Artes Dramáticas, de manera que fuesen los más versados en ellas los que decidiesen en un primer momento acerca de los méritos y deméritos de las obras. Correspondió, por lo tanto, a cada uno de los 5 jurados de esta primera etapa un promedio de 9 obras a leer.

Una vez concluida esta primera lectura, se efectuó una reunión en la que se calificaron las obras de acuerdo a la opinión de los jurados. En rasgos generales, se clasificaron las obras en tres grupos: las que por su mala calidad evidente merecían ser descartadas

inmediatamente; las que, por sus méritos también evidentes quedaban para ser leídas por otros miembros del tribunal; y las que merecían dudas y también debían ser leídas por otros jurados para poder tomar una decisión final. De manera que, aparte de aquellas que no alcanzan un mínimo de condiciones dramáticas, todas las obras fueron leídas por varios integrantes del Jurado.

En una segunda lectura, se eliminó a otras obras por presentar deficiencias que impedían el que fueran premiadas, quedando, finalmente, un grupo de unas 7 obras clasificadas para entrar en la competencia final. Demás está decir que, en los casos dudosos, cuando algún jurado vacilaba, las obras fueron leídas por varios de sus compañeros, hasta resolver la duda colectivamente.

En la última etapa, que comprendía las candidatas al Primer y Segundo Premio, entraron a participar los 4 miembros del Jurado que no habían leído aún ninguna obra. En esta forma, las 7 u 8 finalistas fueron leídas por la totalidad de los integrantes de la Comisión Examinadora, tomándose la decisión final una vez que esta etapa se completó y cada juez entregó su decisión fundamentada sobre los méritos o defectos de las piezas concursantes.

En cuanto a éstas, puede decirse que hubo una variedad extraordinaria. Por ejemplo, algunas eran de corte político y pretendían hacer pasar un determinado mensaje. Es así como hubo algunas que presentaban verdaderas diatribas o apologías al régimen actual chileno o a regímenes pasados. Estas obras, que además eran de pésima calidad, quedaron excluidas de inmediato y ni una sola pasó a la segunda etapa. Otras piezas, en cambio, caían dentro de una con-

cepción fantasiosa, irreal o surrealista de la vida: seres monstruosos, animales o situaciones de ciencia-ficción repletaron este grupo. En general, tampoco sobrevivieron a la primera etapa de decisión. Las hubo también de carácter histórico -entre las cuales habría que situar a la obra ganadora- pero no todas salvaron las primeras vallas, ya fuera por no estar bien hilvanadas, ya fuera por tratar de temas del todo ajenos a la comprensión de un público medio chileno -como fue el caso de una pieza sobre el dictador boliviano Melgarejo-; ya fuera porque era difícilísimas de representar por la longitud o la complicación de elementos que se introducían en la trama. Por otra parte, muchos autores que abordan hechos históricos no hacen sino acumular episodios reales en forma dramatizada, pero, a menudo, falta una construcción dramática que de unidad, sentido y significado teatral a la obra. Hubo alguna ocasión en que el Jurado estimó que una pieza de esta índole se prestaba más bien para ser presentada en forma de telenovela, de película o radioteatro. Paralelamente, algunas pocas obras de acción y suspenso, tampoco alcanzaron el nivel deseado.

Podría decirse, en consecuencia que las obras que llegaron hasta el final en la selección fueron aquellas obras de corte realista o de carácter poético. Entre las primeras destacó rápidamente la obra presentada bajo el seudónimo de Tartufo y que se titulaba "¿Dónde estará la Jeannette?", junto a un par de obras de menor evengadura pero de interés y buena construcción dramática.

En cuanto a las obras de índole poética, si bien plenas de fuerza y simbolismo, la que fue considerada con mayor atención se llamaba "El Jardín de los Suspiros Azules". Lo que perjudicó a es-

ta obra en último término fue su brevedad y lo esquemático de su trabazón. De haber sido desarrollada en forma más exhaustiva, podría haber sido una de las obras premiadas.

A este respecto conviene decir que las bases del Concurso contemplaban la posibilidad, para los autores cuyas obras resultaren favorecidas en cualquier forma por el Jurado, de la eventual incorporación al Taller de Dramaturgia de la Escuela de Teatro de esta Universidad "con el objeto de afinar y perfeccionar el texto con asesoría de docentes de esta Unidad Académica y directores y actores". Incluso se ofrecía a los autores de provincia una beca-viático durante tres meses para que pudiesen participar en los talleres. Esta idea era excelente por cuanto tendía a lograr el fin último del Concurso, cual era el de desarrollar la dramaturgia nacional. El contacto que los autores, sobretodo jóvenes, conseguirían con el medio interno del teatro, que no deja de ser un tanto iniciático, les serviría mucho para sus creaciones futuras. Justamente, algunas de las obras presentadas pecaban de desconocimiento absoluto de las posibilidades de montaje, dirección o distribución de roles, por parte de los autores. El Taller había de familiarizarles con los aspectos técnicos e intelectuales que harían superar tales limitaciones. Entiendo que algunos autores aceptaron la invitación de la Escuela, una vez finalizado el Concurso.

La obra que, finalmente, obtuvo el Premio principal, reunía una serie de características sobresalientes. Se trata de "Lautaro", presentada bajo el seudónimo de Melillán por su autora, que resultó ser la experimentada Isidora Aguirre. A los pocos meses de premiada, "Lautaro" fue presentada por un conjunto teatral santiaguino y obtuvo un éxito considerable de crítica y público.

La trama de la pieza es sencilla y relata, en una síntesis muy bien lograda, la vida del héroe araucano, desde el momento en que llegan a Chile los "huincas" o españoles hasta aquel en que Lautaro decide combatirlos y, luego de haber liquidado a Pedro de Valdivia, cae él mismo en una emboscada y pierde la vida, defendiendo hasta el final la independencia de su pueblo. Dicha trama es completada por numerosas escenas de la vida mapuche y, naturalmente, por el romance que vive el protagonista con su mujer, Guacolda.

Sin embargo, lo que más llama la atención son los aspectos siguientes:

1. Una extraordinaria construcción dramática, que mantiene al espectador en suspenso y le lleva hacia un final que, no por ser conocido, resulta menos impactante. El encadenamiento de las escenas resulta natural y nunca forzado, fluyendo la acción sin problemas, dentro de la línea ordenada y clara que le imprimió la autora.
2. Una fidelidad histórica notable, que queda más en claro para los que somos especialistas de la historia, como es el caso del que escribe estas líneas. La figura de Lautaro no había sido llevada aún a la escena, a pesar de que se presta con creces para ello. Es indudable que la autora debió consultar varios libros de investigación histórica antes de producir su obra.
3. Una gran emotividad, presente a través de toda la pieza, pero particularmente discernible en la relación de Lautaro con Pedro

de Valdivia. Difícilmente podía ilustrarse mejor esa relación, que podríamos calificar de "amor-odio", sin caer jamás ni en sentimentalismos livianos ni en propaganda ideológica. Justamente, una de las virtudes que hacen de Lautaro un héroe es la de haber sabido medir en su amigo-enemigo no sólo los defectos, si no también las muchas cualidades. El enfrentamiento Lautaro-Valdivia es el de dos grandes figuras, que el destino ha llevado a amarse primero y, luego, a enfrentarse, lo que confiere a la obra un auténtico carácter de tragedia. Es de resaltar la forma notable en que se muestra el proceso psicológico de Lautaro cuando debe decidirse a liquidar a su adversario.

Todos estos méritos fueron expuestos por los distintos miembros del Jurado, quienes terminaron por otorgar en forma unánime el primer premio a "Lautaro". Podría acotarse tal vez, como anécdota, que sólo uno de los jurados vaciló un tanto, debido a su desconfianza frente a la puesta en escena de obras que contengan indígenas, en nuestro país. Alguna mala experiencia personal fue la causa de esta duda, pero terminó por sumarse a los demás jurados sin problemas.

En cuanto a la segunda obra premiada, ella fue, precisamente, la ya mencionada: "¿Dónde estará la Jeannette?", que resultó ser producto de otro dramaturgo bien conocido en nuestro medio, Luis Rivano.

Se trata de algo muy distinto a "Lautaro", pudiendo definirse como una comedia, allí donde la otra debería calificarse de tragedia. El autor muestra un ambiente de clase media alta, en el que se mueven algunos personajes sacados de medios más populares, con

una gracia extraordinaria. Al igual que en el caso del Primer Premio, la obra de Rivano presenta una excelente construcción dramática, que revela el perfecto dominio del oficio de dramaturgo que posee su autor. La secuencia de escenas y los efectos cómico-dramáticos se suceden sin tropiezos. Los personajes presentan características muy chilenas de enfrentar la vida y pertenecen a grupos identificables en nuestro medio, sin caer por eso en clisés o imágenes estereotipadas. Por último, como expresa la decisión del Jurado al otorgarle el Segundo Premio, la obra posee un innegable contenido ético, lo que es importante en un Concurso de Teatro organizado por la Universidad Católica.

Quedarían por destacar algunos aspectos muy positivos de esta experiencia. En primer lugar, el interés de los chilenos por la dramaturgia. Creo que todos los jurados fuimos sorprendidos por el número de obras presentadas y, ciertamente, por la calidad de la que fueron seleccionadas para Premio o para ser más elaboradas en el Taller de la Escuela de Teatro. Esta impresión, de fines del año pasado, se ha visto confirmada este año, ya que, por primera vez en la historia del Arte Dramático chileno, se han presentado, simultáneamente, casi una docena de obras nacionales en los teatros universitarios y profesionales de Santiago.

También convendría destacar la extraordinaria variedad de temas abordados por los autores que entraron en la competencia, lo cual revela la integración de nuestros dramaturgos en la problemática de un mundo actual atormentado e inhumano. En las piezas concursantes estaba presente buena parte de la problemática que afecta al hombre occidental actual. En lo referente a estilos y formas de presentación, también se notó cierta variedad, conforme a las técnicas que hoy día están en uso.

Habría que concluir, en consecuencia, que este Concurso Nacional de Dramaturgia constituyó un éxito desde muchos puntos de vista, logrando concitar la atención de creadores, jurados, intérpretes y público en general. La Escuela de Teatro de esta Universidad reanudará esta experiencia cada dos años convirtiendo el evento en algo regular, que pase a formar parte de las buenas tradiciones culturales chilenas. Como no hay otras instituciones que, en este momento, se dediquen a promover la creatividad dramática en nuestro país, la importancia de estos Concursos salta a la vista hasta para el menos informado. Esperamos que este proyecto sea realidad tal como ha sido concebido y rinda los frutos que de él se aguardan.